

## La felicidad es posible

«Alégrese siempre en el Señor. Repito: ¡Alégrensel!».

Filipenses 4: 4, DHH

La ansiedad es uno de los detonantes más agresivos que atentan contra la paz del corazón. Los psicólogos y los psiquiatras estudian diferentes métodos para vencerla. Los medios de comunicación intentan dominarla a través del mundo del espectáculo y el entretenimiento. Los gobiernos tratan de aplacarla estableciendo leyes que ofrezcan seguridad y protección. Sin embargo, a pesar de ese esfuerzo, ninguna institución humana ha podido controlar las consecuencias de su poderoso y mortífero veneno. Y es que, por más fuertes y capaces que nos creamos, la vida nos recuerda a cada instante que es demasiado vulnerable, que la fuerza humana no es más fuerte que un minúsculo virus, que la seguridad que tanto se proclama no se garantiza con armas, ni con poder, ni con dinero, porque «toda carne es como hierba, y toda su gloria como la flor del campo» (Isa. 40: 6).

Las nefastas consecuencias que el pecado ha impuesto a la humanidad no tienen salida por sí mismas, porque el mal produce mal. Solo el Cordero molido por nuestros pecados y rebeliones es el único que tiene poder para darle sentido a tu vida y a la mía. Cuando abundó el pecado, cuando el odio y la maldad intentaron unir sus sanguinarias fuerzas, cuando el egoísmo alzó su espada sobre el amor y la compasión, cuando la enfermedad gestó el SIDA, el cáncer, el COVID-19...; cuando el mundo estaba sentenciado, ese Dios hecho carne derramó su sangre como dádiva gloriosa.

Desechemos, pues, todo vestigio de amargura, resentimiento, preocupación y estrés. Llenemos nuestro corazón de alabanza hacia el Dios en quien creemos, porque él es Maravilloso, Consejero, Poderoso, Padre eterno y Príncipe de paz. Sí, tenemos un Dios omnipotente que está por encima de cualquier circunstancia por desesperada que sea.

Estos años de pandemia pueden haber esparcido sus tenebrosos aires de enfermedad, dolor y muerte. Sin embargo, el Dios que reina sobre el universo, sigue siendo: «clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad, que mantiene su amor hasta mil generaciones después, y que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado» (Éxo. 34: 6, 7, NVI).

No tenemos por qué caer en la desesperación de los que no tienen a Dios. Elevemos nuestras oraciones con acción de gracias, porque sabemos que «Dios suplirá todo lo que les falte, conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Fil. 4: 19, RVC).

Cuando la angustia, el temor y el dolor intenten sacudir tu fe, recuerda: «A todo puedo hacerle frente, gracias a Cristo que me fortalece» (Fil. 4: 13, DHH). Por tanto, ¡vive siempre alegre en el Señor, vive con alegría!

**Rut Herrera de Delgado,**  
directora de SIEMA y Ministerios de la Mujer,  
Asociación del Este, Unión cubana.